

TEATRO

“LA VIDA PRIVADA DE MAMA”, EN EL REINA VICTORIA

Comedia en dos actos y cinco cuadros, de Ruiz Iriarte

Una lista no corta de comedias de don Víctor Ruiz Iriarte se caracterizan por su aire de farsa matizada por toques de poesía, vestido todo ello por un diálogo de calidad excelente, sembrado de rasgos de ingenio de buena ley, con efectos hilarantes nacidos de la gracia de las situaciones. En esa lista hay que incluir “La vida privada de mamá”, estrenada anoche por la compañía de Tina Gascó en el Reina Victoria, si bien el autor aparece más lanzado esta vez hacia el enredo intrascendente con perjuicio notorio de la tercera dimensión.

El primer acto, desenfadado y jocundo, vodevilesco en cierto modo por la picardía de algunas escenas, la intención harto clara de algunas frases y el planteamiento del asunto, deja paso después a una situación un tanto prolongada y difícil de mantener, en la que, pese a todo, se hallan los mayores aciertos de la comedia. Los destellos del más fino ingenio y de me-

do de otras comedias del mismo tipo del autor, en ésta resulta sacrificada parcialmente la calidad a la facilidad de algún efecto o a la preparación de alguna sorpresa. El mismo diálogo, que siempre tiene tanto valor en el señor Ruiz Iriarte, se resiente de eso.

El público permaneció francamente regocijado y entretenido durante toda la representación, si bien rió con más estrépito lo que menos valía. Al buen éxito ayudó una interpretación buena en general, señaladamente por parte de Tina Gascó y Gracia Morales, entre los intérpretes femeninos, y José Bódalo y Rafael Alonso, aplaudido éste largamente en un mutis, entre los masculinos. Aparte se puede citar a María Portillo, Fernando Guillén y Miguel Ángel.

Hubo prolongados aplausos y al final se levantó el telón muchas veces en honor de los intérpretes y del autor.—N. G. R.



Tina Gascó, Gracita Morales y
Rafael Alonso

Por calidad poética están en este segundo acto, donde el autor le saca, con verdadero esfuerzo de buen constructor teatral, todo el partido posible a las dificultades que él mismo ha acumulado en el acto primero al trazar las líneas básicas de la aludida situación, que parece exigir un final rápido y sin dilaciones.

Cierto que el convencionalismo de la farsa debe llevarnos a admitir muchas cosas; pero el hecho es que la verdadera intención de la anécdota queda un poco escondida bajo el relieve más abultado y perceptible de lo que no es más que meramente superficial. Al la-